

Detrás del hielo

A*

Marcos Ordóñez

Detrás del hielo

Primera edición en Libros del Asteroide, 2017

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

© Marcos Ordóñez, 2017

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-17007-02-7

Depósito legal: B. 5.319-2017

Impreso por Reinbook, serveis gràfics, S. L.

Impreso en España — Printed in Spain

Diseño de colección: Enric Jardí

Diseño de cubierta: Duró

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

Pepita Forever

Para Victoria Alonso y Alistair Williamson

Índice

PRIMERA PARTE

LA CIUDAD PERDIDA

1. Detrás del hielo	17
2. La ciudad perdida	21
3. La calle Zuckmantel	25
4. Tía Olga	33
5. Pasaje de Santa Klara	40
6. La calle Janouch	46
7. El talismán	51
8. Las dos cautivas	58
9. El gran hueco	65
10. Oskar Klein	71
11. La segunda cita	79
12. Vera y el viento	85
13. El nuevo mapa	94
14. Una Klara futura	101
15. Agosto	109
16. Plaza de los Héroeos	114
17. El cuarto de juegos	122
18. Varenka	130

SEGUNDA PARTE

OSKAR Y JAN

19. El Hostal del Cisne	139
20. Gisia	144
21. Linterna mágica	151
22. El señor Sleyen	158
23. La carta	162
24. El Ángel de los dientes de madera	166
25. Preparativos	171
26. Eden Bar	177
27. Huida a Luzhin	182
28. Ciudad Oculta	187
29. Otoño	194
30. El transistor blanco	197
31. El otro Jan	204
32. La Pagoda	209
33. Una nueva voz	215
34. Jan y el pelirrojo	221
35. El espejo empañado	230
36. Dentro del círculo	239
37. La plaza de San Bruno	246
38. Hektor y Kolya	257
39. El consejo de Veronika	263
40. <i>Il cielo in una stanza</i>	273

TERCERA PARTE:

NOSOTROS TRES

41. Mado	283
42. Rosa Malibrán	286
43. El secreto	297
44. La ruta encantada	302
45. Niort	306
46. La bruja buena	312
47. Regreso a La Pagoda	318

48. El dragón	322
49. El bosque	326
50. Nuestra Señora de Unseld	330
51. El álbum de cromos	337
52. Sokel y Drazen	340
53. De repente	345
54. La corteza de limón	351
55. Norderney	355
56. El teniente Voudzoy	359
57. Blanco	365
58. Una despedida	369
59. Agua	373
60. Primavera	378
61. La familia	382

CUARTA PARTE

LA CIUDAD INCENDIADA

62. El pozo	387
63. Encuentro con los Dracos	389
64. Pavel y Rudy	395
65. Música	402
66. Hektor y Jan	405
67. Los Compañeros de la Noche	410
68. El umbral	414
69. Intemperie	424
70. El hombre a caballo	433
71. <i>In Girum Imus Nocte</i>	438
72. <i>Get out of town</i>	442
73. <i>Et Consumimur Igni</i>	446
74. Gris	454
75. Villa Bassani	460
76. La cruz de Roztok	463

EPÍLOGO

77. El regreso	473
78. El legado	477
79. La cazadora de voces	481

Vuelve acribillado por las balas
de un tenebroso fusil, amor
yo coseré tus heridas y te daré mi boca.

Landay de una mujer afgana

PRIMERA PARTE

La ciudad perdida

1. Detrás del hielo

Mi nombre es Klara Liboch. Esta no es mi historia, es nuestra historia. La historia de nosotros tres: Jan Bielski, Klara Liboch, Oskar Klein. Repito esos nombres, ellos dos y yo entre ellos, nuestros nombres por siempre juntos, tal como quedaron grabados a punta de navaja, encerrados en un círculo, en una de las mesas del Eden Bar y en el árbol más viejo de la plaza de San Bruno. Esta es la historia de nosotros tres y de nuestra ciudad perdida, nuestro mundo desaparecido, que ahora contemplo como a través de una gasa de hospital, con sangre seca en los bordes.

Vivimos en la imaginación, y no sabemos cómo somos en verdad, ni cuáles son nuestros verdaderos motivos.

¿Quién conoció realmente a Jan? Cuando Jan entró en mi vida, yo tenía diecisiete años. Un periodista, a mi vuelta, me preguntó por él como si se tratara de una leyenda. No supe o no pude o no quise responder. No entonces, no así, con un micrófono delante, de golpe. Resumir todo, toda su vida, nuestras vidas, nuestro amor, en unas pocas frases. Carne de entrevista, carne para envolver pescado al día siguiente. Dije que no, que

lo sentía, que estaba muy ocupada, que quizás más adelante. Más adelante ya es ahora, ya no se puede postergar más, ya he vuelto del todo. Aún hay muchas cosas que no sé. Ignoro lo que mi pasado me tiene reservado.

Jan me dijo una vez: «Cuando escribas algún día sobre todo esto, hazlo como quien de repente rompe a cantar, de noche, en mitad de un camino».

Jan hablaba poco, pero a veces, después de estar callado mucho rato, te sorprendía con frases como esa. Con Jan te entraban ganas de abrir tu corazón, de caminar mucho rato y sin rumbo, bailar, escuchar música, contemplar las luces sobre el río, vivir de noche, estar atento al mundo.

Estoy aquí para cantar esa canción, con mi voz de entonces, con todas las fuerzas que me queden.

Encontré unas fotos en la habitación de Oskar. Una caja metálica con fotos nuestras, y con todos los recortes de periódico sobre las acciones de los Compañeros de la Noche. En la primera foto estamos Jan y yo, en el puente Bratunac, un sábado de sol. El sol de enero nos da en la cara. Sonreímos, entrecerramos los ojos, no nos tocamos. Somos muy jóvenes. Jan acaba de cumplir veintiún años. En esta otra estamos los tres, Oskar, Jan y yo, en el bosque de los Álamos Negros, cerca de Griselk. Una de las poquísimas fotos en las que estamos los tres juntos. La tomó Oskar, con el disparador automático, poco antes de que Jan desapareciera.

¿Sabía Jan que iba a morir tan joven? Yo creo que sí, no hay más que ver sus ojos. Aquellos ojos tan verdes que dolía mirarlos.

Jan era el hombre más libre que yo había conocido. Jamás se rindió. Todos nosotros, tarde o temprano, agachamos la cabeza. Pactamos. Aceptamos. Nos hacemos esclavos del miedo. Jan no. Hacía lo que quería; hacía lo que creía que debía hacer sin importarle las consecuencias, siempre. Solo dejó de ser libre dos veces: en Blensk y en el horror de Villa Bassani. Pero tampoco esas dos veces consiguieron doblegarle.

Esa fue la estatua que adoré, con su corona de estrellas.

Al principio, Jan me pareció mucho mayor de lo que era.

Después se hizo más y más joven a medida que pasaban los años, como si retrocediera, como si volviera hacia la infancia, hasta que la muerte detuvo su retroceso y lo fijó para siempre.

Yo he envejecido, Oskar también, pero Jan sigue teniendo la misma edad que tenía entonces. La misma edad, la misma sonrisa. Los mismos ojos verdes, locos, felices y atravesados por la certidumbre de la muerte, como una nube oscura cruzando un cielo claro.

Cuando Jan nació, en el Hostal del Cisne, todos le dieron por muerto.

No se movía, no abría los ojos. Pero seguía vivo; debilísimas señales de vida. El médico de Daryek tocó su cuerpo: ardía. Cuarenta y dos grados de fiebre. Su madre lloraba, todos lloraban. Afuera nevaba. Entonces, el médico mandó traer nieve y sumergió a Jan en agua helada, y Jan volvió a la vida.

Una vez, tía Olga me contó una historia. Era una especie de leyenda local. Una pareja de alpinistas se perdió en las montañas de Gschwind. Eran muy jóvenes, acababan de casarse y querían pasar su luna de miel escalando el Gran Staad, el monte más alto

y peligroso de la cordillera. Estaban llegando a la cima cuando les sorprendió una tormenta.

El muchacho cayó por un ventisquero y desapareció.

La joven esposa volvió al albergue, y allí le dijeron que jamás recuperaría el cadáver. Verano tras verano, cuando se acercaba el aniversario fatal, regresaba al Gran Staad para arrojar un ramo de rosas al abismo.

Envejeció. Cada año, la ascensión se le hacía más y más difícil, hasta que ya no pudo ir.

Un día sonó el teléfono en el asilo.

Era un funcionario de la alcaldía de Gschwind. Unos espeleólogos habían encontrado el cuerpo de su esposo en una sima, aprisionado en un enorme bloque de hielo.

Llevaron a la anciana hasta la cueva, abierta en la falda del Staad. Ella alargó una mano, frágil como una rama seca, y acarició el hielo.

Detrás del hielo, su hombre seguía intacto, eternamente detenido en la edad que tenía cuando los dos se perdieron en la tormenta. Intacto y con los ojos abiertos.

2. La ciudad perdida

Vivíamos en la antigua ciudad, la que ya no existe, la que solo vuelve en los sueños felices, iluminada con anilinas, como una postal engañosamente perfecta. Una ciudad en la que todavía se escuchaban las campanas, y los gallos, de huerto en huerto, y el tintineo de los tranvías al anochecer.

Los tranvías eran amarillos, y azules los que bordeaban el río. Las bicicletas resplandecían bajo el sol, bajo la lluvia, bajo la luz de nieve. En los parques que luego derruyeron para levantar bloques de apartamentos había castaños centenarios, y olmos, y árboles de Judea, y cuervos, y ardillas, y relojes que yo creía mágicos, tallados en hoja de boj, sobre la hierba, y sus agujas parecían moverse más despacio que las de los relojes actuales, como si midieran otro tiempo.

Las nubes del cielo de mi infancia se descorrían por los rieles de aquel tiempo como grandes barcos sin destino, girando en círculos lentísimos, igual que la diminuta pareja de ébano que bailaba un vals eterno sobre la puerta de la charcutería Ogarev.

A la entrada de aquellos parques —el parque Belinsky, el parque de San Wenceslao, el parque del Barón Brambeus— solía haber también unos letreros de hierro esmaltado en verde, donde, en letras blancas, se leía: «En caso de tormenta, este parque

permanecerá cerrado».

Tía Olga me contó que a Stanislas el Libertador, héroe de mil batallas, le fulminó un rayo cuando, ya muy anciano, tomaba el sol en el parque del palacio Litvik y se desató una tormenta. En los grabados de la época, el Libertador hacía pensar, con su melena y su barba blanca, en un monarca venerable de cromos infantil, un dios duradero pero irreal. La leyenda decía que la contera metálica de su bastón quedó fundida con el hierro del banco, un banco que se convirtió en inesperada silla eléctrica. Fue una muerte poco heroica. Cuando yo era pequeña y veía su estatua en la plaza del Congreso, verde y con el brazo enhiesto, pensaba que así se había quedado el noble Stanislas al recibir la descarga del rayo, que el rayo había entrado por el dedo, directo hasta el corazón, y que su cuerpo frito seguía estando allí, recubierto por una capa de bronce.

Así veía yo la ciudad y las cosas cuando era niña; aquella ciudad que mi padre recorría por la noche, insomne, al volante de su taxi, mientras yo dormía, ajena. Una postal engañosamente perfecta.

Había pocos automóviles enfilando los bulevares, la gran estrella de cinco puntas que, según el modelo parisino, se abría en la plaza del Congreso. Eran automóviles grandes, de colores pálidos, lavanda, limón, vainilla, en los que cabían familias enteras; automóviles demasiado veloces para las cortas distancias de nuestra ciudad. También los cafés eran enormes, con cenefas de oro sucio, y sillones de mimbre, y grandes espejos empañados, y cortinas de terciopelo raído y granate, y música en casi todos ellos: violinistas con aire de maestros jubilados en los cafés del centro, donde parecía sonar eternamente la barcarola de *Los cuentos de Hoffman*; y guitarras eléctricas y baterías rudimentarias en los cafés que rodeaban la Universidad, al otro lado del puente Bratunac, y en la calle Montague, y en todo el barrio de

Myrka, nuestra sede oficial.

Aquellos cafés de entonces, con grandes ventanas de guillotina, y mesas de billar como lagunas o praderas, y nombres maravillosos... El Café de la Sirena, el Café del Ciervo de Plata... El Oso Feliz...

Aquellos bulevares amplísimos, con edificios de ladrillo rojo, y rosado al atardecer, con ventanas blancas y cúpulas de zinc...

Los bulevares... Cuánto me gustaba esa palabra, tan francesa, tan lujosa, tan lejana. El bulevar Worcell, el bulevar Narotzky, el bulevar Meysenburg, el bulevar Josipovic, el bulevar Ackerman.

Aquellos árboles, tan altos que cubrían el cielo...

El aire era limpio, como si nadie lo hubiera respirado todavía, y todo parecía posible. Hasta las sombras eran distintas.

Tía Olga contaba que una serpiente fundó la ciudad. La serpiente salió del río Moir, que también tiene su forma, y se perdió, y no supo volver. Buscando alimento en la llanura desierta, creó las colinas con el movimiento sinuoso de su cuerpo y trazó así el laberinto de callejuelas del barrio viejo, con sus esquinas abruptas y sus pendientes a pico, donde los tranvías parecían estar siempre a punto de despeñarse. Tía Olga decía que los adoquines del barrio viejo tenían la textura de su piel, la piel brillante y tornasolada que la gran serpiente se dejó allí, abriéndose camino hasta hundirse de nuevo en la zona sur del río.

Nadie nos advirtió nunca de que el río Moir arrastraría un día cadáveres con las bocas llenas de serrín y trapos. Cadáveres en bolsas de plástico y con los dedos aplastados, para impedir su identificación.

Nadie podía creer, ni en sus más terribles pesadillas, que algún día fuera a pasar algo así.

La República de Moira, decían nuestros libros, era un país pequeño y apacible, con un óptimo nivel de vida —eso nos decían— gracias a su próspera agricultura, a la siderurgia del

norte, las minas de manganeso y los astilleros del sur. Apenas cien kilómetros nos separaban del mar, aquel mar que yo no vi hasta mi adolescencia: el río se abría, y su estuario se llenaba de cargueros y barcazas y chillidos de gaviotas.

En nuestra ciudad teníamos un pequeño aeropuerto de planchas de acero bruñido, diseñado por un arquitecto extranjero de gran prestigio, y turistas que visitaban los balnearios de Daryek desde principios de siglo, y ferias, y congresos, y quince teatros, y un festival de cine.

Los notables vivían en cotos privados y se reunían en el Jockey Club, y bebían largos vasos de Rogel, el «aperitivo elegante», vasos que los camareros rellenaban con menta y fresas y rodajas de pepino, y los hijos de los notables tenían niñeras inglesas. Los inmigrantes, los desposeídos, los «oscuros», como les llamaban los periódicos de Sokel-Brod, todavía no habían mostrado su único rostro y su única boca en los trabajos más inmundos de la ciudad. Todavía no existía Ciudad Oculta, y Sokel-Brod era entonces un adolescente y estaba lejos del país, creciendo en los mejores internados suizos. El viejo mariscal Weigany llevaba cuatro mandatos consecutivos en el poder, gobernando la República con mano de hierro en guante de terciopelo, según su expresión favorita. A mí me daba igual. En mi mundo no existía nada de todo eso. Para mí, el mariscal Weigany era un rostro en un sello, el sello de la postal engañosamente perfecta; un personaje tan lejano como el noble Stanislas. Un abuelo elegante, con su mostacho blanco, su quepis rojo y su uniforme azul; otra estatua que, de cuando en cuando, se movía un poco para dar un discurso. Nuestra policía era tranquila y decorativa, y el Día del Libertador desfilaba a caballo, con los cascos dorados empenachados de blanco, y los caballos exhibían su destreza formando hileras y estrellas, como en una antigua comedia musical rodada a cámara lenta.